

en la orilla oriental del rio, allí siegan pacíficamente sus mieses, y ven espumar en sus anchas cubas el generoso vino, llenando otras de claro aceite. Divisais aquellas vastas llanuras que se extienden á la otra parte del Jordan, cubiertas de lino, aromáticos, bálsamos y abundosos pastos, sombríos por la espesura de los olivos y cedros, allí se levanta la ciudad de las palmas, la soberbia Jericó, cuyas altivas torres parecen tocar el cielo que ultrajan; mas allá recorreis de una ojeada todo este inmenso país, desde Segor en las fronteras de Idumea, hasta la cuna del Jordan, al pié de las montañas del Líbano. Esta es la herencia prometida á nuestros padres y que el Señor pondrá en nuestras manos, si con una fé ardiente y sincera nos presentamos á nuestros enemigos. ¿Qué importa que inunden la llanura con sus innumerables escuadrones, si el Dios fuerte está de nuestra parte? ¿Quién es el indigno israelita que, acordándose del paso del Mar Rojo, del agua que brotó de la peña de Oreb y de la ley dada por Dios mismo en el monte Sinai, ose dudar aún del éxito de una empresa que nos manda el mismo Dios? No olvidéis jamás, Isachar, que Moisés, el profeta mas grande que ha admirado Israel, por un solo momento de vacilar en su fé fué condenado á no entrar en la tierra de Canaan. Tened siempre á la vista este ejemplo, y si no os sentís con bastante esfuerzo para superar los riesgos que sin duda nos esperan en Jericó, volved los ojos á la montaña de Nebo y considerad que por expiar una sola flaqueza, espiró allí nuestro santo legislador, despues de ochenta años de fatigas, por la gloria del Señor.

“Sé que tanto los males como los bienes, respondió Isachar, nos vienen por disposicion del Altísimo: sometido siempre á sus leyes y reconocido á sus beneficios, no vacilaria mi fé ni aun á la vista de la mas espantosa muerte. Así Dios me habia prometido por boca de Moisés, que ántes de acabarse el año me haria conocer la esposa que me destina, la que llevará en su seno la gloriosa estirpe de que deberá nacer el Salvador del mundo: estamos ya en el último dia del año; hoy me separo de la sjoé-

nes doncellas de Judá y parto á un país de idólatras. ¿Y entre su sangre impía habrá Dios escogido la que quiere elevar sobre todas las mujeres de Israel? No pretendamos sondear, replica Horam, lo que no podemos conocer: los pensamientos de Dios distan mucho de los nuestros, y sus caminos son inescrutables; lo que ha prometido lo cumplirá. A vos solo os toca ejecutar sus mandatos; conservad recto vuestro corazon y puras vuestras manos; someteos sin reserva á su voluntad, y dejad para el Señor el medio de cumplir sus promesas.

“Así hablaban los dos viajeros cuando llegaron á la orilla del grande rio, cuyas aguas salidas de madre inundaban los campos. Ora se acercasen al torrente de Jaser, ora bajasen al lago Asfaltite, no pudieron hallar paso alguno. ¿Nos habrá abandonado el Señor? exclamó Horam levantando sus manos al cielo. ¿Vos sois el que dudais? exclamó Isachar con sorpresa, ¿y habré yo de enseñaros cómo una fe sincera sabe triunfar de este obstáculo? Dice, y precipitándose al rio, lucha contra las ondas que le rechazan á la orilla, y venciendo al fin el furor de la corriente, toca á la orilla contraria, afirma su planta sobre la tierra de Canaan y da gracias al Eterno.

“Viéndole sobre la ribera opuesta Horam, se esfuerza en imitarle, lucha con fatiga contra la corriente que le arrastra, y llega en fin á su compañero, y se confunde de que un antiguo amigo de Moisés se haya dejado pasar adelante por un hijo del Desierto. Su corazon está para tocar á la envidia; pero sofoca luego tan bajo sentimiento al acordarse que Isachar está destinado para ser la cabeza de la real estirpe de Judá, y se complace en verle sobrepujar á todos los demás mortales en belleza é intrepidez.”

Los dos enviados se detuvieron en una casa que daba á los muros ó baluartes de la ciudad, en la cual vivia Rahab, mujer de costumbres equívocas, cuya descripcion hace la pintora de *La toma de Jericó*.

“La noche empezaba á cubrir con su negro manto toda la tierra, cuando los dos israelitas entraron á Jericó: turbados por hallarse solos léjos de los suyos en medio de una nacion idólatra, no



sabian lo que debian hacer ni á quien pedir la hospitalidad. En esta incertidumbre permanecian separados no léjos de la puerta de la ciudad, cuando vieron pasar cerca de ellos una jóven que iba por agua á la fuente. Un largo velo ocultaba una parte de su blonda cabellera, y la otra se dejaba caer sobre un cuello mas blanco que el marfil; era bella, pero sus mejillas húmedas de llanto parecian empañar algun tanto el brillo de su hermosura. Caminaba pálida y abatida, semejante al jazmin que dobla dulcemente su capullo cargado con el rocío de la mañana. Al reparar en los dos viajeros, se cubre de rubor, se pára un momento como incierta, pero se acerca luego, y levantando sus ojos tímidos les dice: «Extranjeros, no sé el objeto que os conduce á nuestros muros, pero cualquiera que sea, la casa de Rahab está abierta para vosotros; no temais en descansar en ella, y creo no os pesará de haber entrado.» Los dos israelitas, sorprendidos gustosamente de su proposicion, no vacilan en aceptarla. Isachar, movido por la belleza y el pudor de la jóven desconocida, se siente impelido por un poder invisible que obra en él sin saberlo. «¿Quién sois vos, le pregunta, vírgen encantadora, vos que no desdenais á los infelices viajeros?» «¡Ah! ¡yo no soy una vírgen, respondió con un amargo suspiro; los odiosos ministros de Baal abusaron de mi juventud y de mi inocencia: no puedo recordar aquellos dias de mi extravío, dias amargos para mí, sin que sienta mi espíritu abatido y como si me abandonase! ¡Oh! si el Dios de Israel se dignase compadecer el dolor de mi corazon, y purificarme de mi oprobio, yo le dirijiria mis suspiros desde las cimas de los montes y á mí misma le ofreciera en holocausto para aplacar su furor.» «¡Ah! le interrumpió Isachar con emocion, ya que vuestra alma se ha conservado pura y teneis dolor de vuestras culpas, yo os lo prometo, hallaréis gracia delante del Señor.» «Sí, añadió Horam, en voz baja, si salvais á los hijos de Israel y les ayudais en su empresa, se os perdonarán vuestros pecados, y el Señor os dará su gracia.» A estas palabras cobró aliento la jóven de Jericó, sus ojos brillaron con una dulzura celestial, y se obligó á conducir los viajeros

á su casa. Isachar le tomó la mano; marchaban ambos con lentos pasos delante de Horam, y se escapaban de sus lábios suspiros involuntarios. La noche era bella y regalada: un vientecillo ligero agitaba blandamente las ojas de las palmeras, las flores espontáneas que crecian en torno de la ciudad llenaban el aire de suaves perfumes, oíanse los gemidos de la amorosa paloma, y el impetuoso Jordán hacia resonar á lo léjos el ruido de sus aguas. Isachar contemplaba silencioso la seductora timidez y la graciosa modestia de la jóven Cananea; su corazon sentia por grados una especie de encanto, al modo que el dulce vapor de un sueño se va insinuando en los ojos fatigados, y decia consigo mismo, hoy es el dia en que Dios me prometió enseñarme la esposa que me destina. Pero, ¿cómo podrá admitir por sierva suya la que fué profanada por el impío? ¡Ah! ¡ojalá la perdone como yo la perdono! «Dios de Israel, decia en su corazon la jóven turbada, ¿será ilusion que hayas destinado uno de tus hijos para salvar mi alma, y á mí para salvar su vida? ¡Oh! sea este jóven guerrero, y no envano habré implorado tu santo nombre.»

«En esto llegaron á la habitacion de Rahab. Sencilla y cómoda, no brillaba con el mármol, el oro y la seda: una vid de pocos años cubria como un tapiz su techo y sus paredes, y al entrar se pasaba por una umbrosa bóveda formada por plátanos y limones: situada sobre un terraplén del muro, se levanta sobre las otras, y domina toda la campiña. Apénas han entrado en el umbral los viajeros, la hermosa Cananea les prodiga solícita todo los deberes de la hospitalidad: ya llena una gran vasija de borcee y les lava por sí misma los cansados piés con agua tibia y olorosa; ya cubre una mesa con tortas de trigo candeal, dátiles, olivos, y un panal de dorada miel, y echa en copas coronadas de flores leche pura y dulcísimo vino. En todos sus cuidados, en todos sus movimientos respira la jóven pecadora una sencillez, un abandono, el sentimiento de sus propias faltas imprime un cierto aire tan seductor en su fisonomía, que Isachar siente crecer en su interior una oculta llama: su corazon le ha dado ya el nombre de su amada, pero la vo-



untad del cielo le detiene, y espera que el Señor haya hablado ántes de atreverse á descubrir sus deseos.

“Antes que los ojos de los viajeros se cierren al delicioso sueño, Rahab, qué solo busca como complacerles, toma un sistro de oro, y mezclando con el instrumento la melodía de su voz, entona un cántico sagrado. Horam é Isachar han oido varias veces los coros de las hijas de Israel, pero no, nunca hirió sus oidos tan deliciosa melodía, jamás el lábio piadoso del hombre honró mas dignamente el nombre del Señor. «¡Oh hija de Canaan, exclama Horam admirado, por cuál prodigio en la flor de vuestros años, seducida por los placeres, rodeada del amor voluptuoso en el seno de una nacion idólatra, tenéis conocimiento del verdadero Dios! ¿cómo habeis aprendido á cantar sus alabanzas en medio de las gritos y blasfemias de los infieles?» «Ah, respondió humildemente Rahab, el Omnipotente, viendo que yo pecaba por ignorancia, no ha consentido en abandonarme para siempre á las tinieblas del error. Me acuerdo de un dia en que ceñida de rosas mi cabeza formaba con mis compañeras danzas voluptuosas en torno de los ídolos de Baal, y de repente me sentí cubierta de un helado sudor, y se estremeció todo mi cuerpo. Desde entónces miré al templo con horror, y me alejé á toda prisa de sus impuros umbrales. Salí de Jericó, y me puse á correr por el campo como una insensata, sin querer descansar por la noche, ni buscar de dia sino el agua de algunas fuentes, que no bastaba para calmar la sed ardiente y la fiebre que devoraba mi corazon. Horrorizada de mi infeliz situacion, exclamaba, con los ojos henchidos de lágrimas: ¡Ah! De dónde han venido sobre mí tantas desdichas, sino porque el Dios fuerte se ha alejado de mí. Cansada un dia de divagar por entre las selvas, me senté bajo los frondosos sicómoros que cubren con su sombra la orilla del rio, y descubriendo desde allí la punta de Phasga, sentí una turbacion hasta entónces no conocida, se redoblaron mis sollozos y el Señor habló á mi corazon. Allá, me decía yo misma, allá está el pueblo de Israel, el pueblo querido del único Dios verdadero destinado á reinar sobre la herencia de

mis padres; allá recide el rey inmortal de los siglos, y el origen de toda luz. ¡Oh si allá habitara Rahab! no para seducir los siervos del Dios vivo como lo hicieron las hijas de Madian, sino para convertirse en su palabra, y volver á encontrar el reposo que huye de su corazon! Con estas ideas me tomó un sueño apacible, durante el cual me pareció ver un ángel que me hablaba. «Rahab, me decía, el Todopoderoso ha oido tus clamores desde su alto trono; te ha mirado compasivo, no solo te separa de la reprobacion que ha jurado fulminar contra todos tus hermanos, aun mas es su voluntad, que venga á nacer de tu linaje el Mesías, el cual enseñará al mundo que mas alegría produce en el cielo un pecador convertido, que diez justos cuya inocencia no se haya jamás alterado. Purifica tus pasados desvíos con una vida pura y mortificada, y confia en la divina misericordia. Algun dia, el mas bello entre los hijos de Jacob te nombrará su esposa.....» Al pronunciar estas palabras, Rahab levanta, sin advertirlo, los ojos á Isachar, los baja al momento y se cubre de rosas su semblante, como la nube diáfana que sirve de velo al sol cuando deja el horizonte. Su vos trémula espira en sus lábios entreabiertos, y no tiene aliento de acabar lo que cantaba. Oyese en la puerta un ruido de tumulto. «Son sin duda los ministros del rey, exclama Rahab: tiempo ha que se teme aquí la irrupcion de vuestros hermanos: se redobla la vigilancia; se reparten espías, la vista de dos extranjeros habrá producido sospechas, pero no temais, yo os salvaré aun á costa de mi vida.» Dice, y haciéndoles subir precipitadamente á lo mas alto de la casa, les cubre con paja de lino, y corriendo abre las puertas á las tropas del rey. «Esta noche, dijo el gefe, se han visto entrar en nuestros muros dos israelitas; sabemos que se albergaron en vuestra casa, y nos los habeis de entregar inmediatamente.» «Verdad es, dijo ella, que al caer el dia han venido á pedirme asilo dos extranjeros, pero creyéndose sin duda poco seguros, se han dado prisa de marchar un poco ántes de cerrar las puertas.» «Rahab, replica el gefe en tono de amenaza, todos tienen fija en vos la vista, se os acusa ya de adorar en secreto al Dios de Israel;



temblad si llega á descubrirse que ocultais estos pérfidos extranjeros.—Os he dicho que no se hallan en mi casa, responde ella con sosiego. Habrán sin duda tomado la dirección hácia el gran río para volver á su campo.—Vuelo á su aleance, añadió el guerrero; pero si se nos escapan, temblad os repito; responsable nós es vuestra cabeza, y si huyendo os librased de nuestra venganza, toda vuestra familia arrastrada al suplicio expiará vuestra traición.<sup>7</sup> Cruzando ella sus dos manos sobre su pecho é inclinando su frente con rendimiento le responde: «Estad seguro que no olvidaré.»

«Apénas Rahab vé alejarse al gefe con sus guerreros, corre presurosa para librar á sus cautivos. «El rey sabe vuestra llegada, les dice, estais en peligro, tomad esta cuerda, y á lo largo del muro, bajad con ella al campo. Mientras os busquen por la orilla del río, ganad el valle de Janoe, atravesad el torrente de Carith, internaos en la cavernas de Salim. Dentro tres dias os llevaré algun alimento fresco y todas las noticias que vuestro gefe os encargó recojer.» «Nó, bella y generosa Rahab, responde Isachar con ternura, no partiremos sin vos. Seguidnos hasta las llanuras de Moab, donde nuestros hermanos os colmarán de bendiciones, y las hijas de Israel, sabrán la esposa que el Señor tiene destinada al venturoso Isachar.» «¿Cómo puedo creer, replicó ella, bajando sus ojos por un encanto de pudor, que semejante gloria esté jamás reservada á una miserable pecadora como yo?» «Lo juró el Eterno, interrumpió Isachar, la que salvará á Israel, verá su posteridad reinar en toda la Palestina y subirá al tálamo de Isachar: venid, pues, venid con nosotros Rahab; no os amedrente la fatiga del camino, ni el paso del impetuoso río.» «No os canseis, replica la jóven resuelta, yo no abandonaré á la cólera del rey a mis ancianos padres y hermanas, y aun exijó de vosotros que me prometais respetar sus vidas cuando Jericó caiga en poder de vuestros hermanos.» «Así lo juramos, mujer generosa, exclamó Horam. Cuando veais los ejércitos triunfantes de Israel, no os olvidéis de colgar de esta misma ventana un cordon purpurado: reunid luego en vuestra casa á toda vuestra familia: si algun israelita osare

derramar la sangre de cualquiera de los que aquí se albergaren, se la harémos expiar con su propia sangre, pero el que se atreviere á salir de vuestra casa lo pagará con su vida, de lo cual salimos garantes.» «Sea así, segun decís, respondió Rahab, pero partid al punto, hijos de Jacob; aprovechad estos preciosos instantes en que la luna ocultándose tras de las nubes, os roba á la vigilancia de los espías que nos rodean.» «Y ¿quién sabe, dice Isachar, si los impíos de Jericó, viéndonos escapar de sus garras, desahogarán contra vos sola todo su furor? Y qué, ¿yo abandonaré á su rabia, ilustre libertadora de Israel, elejida por el Señor, amada de Isachar! Nó, la mas bella entre las bellas, no lo consentiré, ven con nosotros, ven á sentarte bajo mi pabellon, allí encontrarás la felicidad. No puedo ofrecerte la púrpura, los tapices de oro y los esquisitos manjares de que se envanece la orgullosa Jericó, si solo flores tan frescas y vivas como tu rostro, y una leche tan pura como tu corazon. Ningun adorno necesitas para dar brillo á tu hermosura, síguenos. El Señor dijo: no es bueno que el hombre esté solo. Consiente, pues, en darme la mano de esposa. ¡Oh hijo de Israel, responde Rahab enternecida, no es tan grata al oido del sediente caminante el inesperado murmullo de una fuente, como tus palabras á mi corazon: ¡ah! tiempo hace que suspiraba yo por tí, como el infante recién nacido por el seno de su madre; pero ya te lo he dicho otra vez, por tu amor no abandonaré á los que me dieron la vida. Parte sin temor, confia en el Omnipotente, que velará sobre nosotros, y me librárá del furor de los impíos. No, no hay que dudarlo, exclamó Horam: el Eterno no desampara un corazon, cuya fé es tan viva y sincera. ¡Isachar! partamos sin perder un momento, nuestra detencion redobla los peligros de nuestra libertadora. Si como ella nos dejamos á la bondadosa mano del Señor, merecerémos quedar salvos como ella.»

«Así habló Horam, y escurriéndose por la cuerda, baja al campo. Isachar le imita con dolor. «Adios, Rahab, exclama, solo el temor de aumentar tu riesgo me puede obligar á dejarte. De aquí á tres dias vendrás á volverme la vida en el valle de Janoe.



Yo te saldré al encuentro, escucharé tus pisadas, tu presencia será para mí como yerba tierna al hambriento cordero. No tardes en reunirme con nosotros. Si por desgracia no te viese venir, creería que los infieles han atentado á tu vida, y luego me tendrías aquí para morir contigo." Entónces Rahab le abre dulcemente sus brazos y le dice: «¡Generoso Isachar! ¿Quién soy yo para merecer tan alto sacrificio? No, querido de mi corazón, sea cual fuere mi suerte, yo te ordeno volver á tus hermanos y respetar tu vida, que solo pertenece al Señor.»—«Adios, adios, exclama á lo léjos el apasionado Israelita doblando la rodilla ante Rahab, adios, amada mía, no te abandona mi alma, junto á tí vive, sin separarse del lugar que tú habitas, y si el Señor hade acceder á mis votos, mas velará sobre tu salud que sobre la mia." Rahab hubiera querido responder; pero su voz, sofocada por el dolor, espira en sus lábios y se pierde luego por los aires; pues que Isachar, impelido por Horam, á cuyos piés dá alas el temor, estaba ya á una gran distancia. Aun le distingue la aflijida Cananea confusamente; pero la oscuridad le hace desaparecer á su vista, y sus inquietas miradas se pierden en las inmensas sombras. Procura retener su aliento y escuchar atentamente las pisadas de los dos fugitivos que resuenan apénas en medio del silencio; disminuyen lentamente, se confunden ya con el ruido del viento, y al fin se acaban de perder. Nada oye ya, y escucha todavía; si el viento agita á lo léjos las ondas del Jordan, se sorprende creyendo reconocer los gemidos de su amado alcanzado y preso por las tropas del rey. «¡Oh Eterno! exclama inclinando su frente hasta el suelo y oprimido su propio pecho por los sollozos, salva al amado de Rahab: nada importa que el hierro del infiel despedace mis miembros ensangrentados, con tal que Isachar quede salvo. ¡Ah! él se aleja y huye con él mi felicidad! Desde que no le veo, mis ojos no cesan de derramar amargas lágrimas, y mi alma se halla en continua agitacion. ¡Ojalá las sendas por donde pase le ofrezcan sabrosos frutos para alimentarle, una fuente para saciar su sed: dénele los cedros bajo sus sombrías ramas un lecho de céspedes para

conciliar el sueño! Poderoso Dios de Israel, derrama sobre él todos los beneficios, guarda para mí todas sus penas, y dale todos mis placeres, pues yo le amo mas que la paloma campesina á su jóven pichuelo que calienta con sus alas y con el aliento de su amor.

“Tan ardientes eran los votos y sentimientos de la jóven Cananea, que dominada tan solo por deseos terrenos, ni aun piensa en reprimirlos. No sabe todavía que el Señor exige un corazón mas puro que no vacile entre el amor de la criatura y el del Criador. ¿Y no era mucho en el seno de un pueblo idólatra haberse elevado su espíritu al conocimiento del Dios verdadero, consagrarse alegre y resignada á la salud de Israel, y sacrificar una pasion naciente á la seguridad y á la vida de sus padres? Por esto se complacia el Eterno en contemplarla desde su altísimo trono donde reside en medio de un océano de luz, del que es una débil chispa el sol alumbrador del universo, y dijo á los arcángeles que le rodeaban enmudecidos de respeto cubriéndose con sus alas resplandecientes. En verdad os digo, esta es la que sublimaré sobre todas las hijas de Israel, ya que me ha conocido é invocado en su tribulacion. Yo la he tomado á mi cargo, bendeciré su himeneo y los frutos de su tálamo que darán reyes á mi pueblo, y un Salvador al mundo.”

Por el fragmento que acabamos de trascribir, se echa de ver que la autora de esta leyenda sagrada creyó dar mayor interés á Rahab, suponiéndola en amorosa intimidad con uno de los dos exploradores enviados por Josué. Pero prescindiremos de este ingenioso episodio, del que no hemos dado mas que la idea, y nos contentaremos al texto del historiador sagrado.

No hay duda que informado desde luego el príncipe de Jericó de la entrada de los dos espías en su ciudad, hizo intimar á Rahab que los echase fuera; pero instruida ésta de la secreta mision de sus huéspedes, y convertida á su creencia, los hizo subir á lo alto de la azotea de su casa, y los ocultó entre haces de lino, diciendo á los enviados del rey, que habian salido ya aquella noche ántes de cer-